**LA LUZ DEL MUNDO**

**Contexto**

Vivimos en un mundo oscuro; un mundo eclipsado por la gran sombra del pecado. Las personas perdidas a nuestro alrededor buscan con afán la verdad y no les es fácil encontrarla. Debido a su ceguera espiritual, tropiezan cada vez más en su penumbra desesperanzada de pecado; están totalmente atrapados en los lazos de la inmoralidad, idolatría y “en las obras infructuosas de las tinieblas” (Ef. 5:11).

Para la Biblia los pecadores son los “que dejan los caminos derechos, para andar por sendas tenebrosas” (Pr. 2:13); en consecuencia, “el camino de los impíos es como la oscuridad; no saben en qué tropiezan” (4:19). Pero no tienen excusa quienes con necedad “hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz” (Is. 5:20), “pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido” (Ro. 1:21); tienen “el entendimiento entenebrecido, [son] ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (Ef. 4:18). Como resultado de esta ignorancia, “el necio anda en tinieblas” (Ec. 2:14) y “el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va” (Jn. 12:35). Jesucristo vino a este mundo como “la luz en las tinieblas [que] resplandece” (1:5), la “luz verdadera, que alumbra a todo hombre” (v. 9).

Según la tradición juadaica, en la fiesta de los tabernáculo, se realizaba la ceremonia de agua y luz; en esta ceremonia se depositaban 4 vasijas de oro sobre cuatro tarimas cada una; se instalaban en el transitado atrio de las mujeres (patio).



Estas 16 vasijas de oro (que estaban en altura) se llenaban de aceite y en ellas se introducían mechas. Los rabinos afirmaban que **cuando se encendía por la noche toda Jerusalén de iluminaba**. En un mundo sin alumbrado público el resplandor de esta luz en los muros de piedra caliza amarilla debá de ser espectacular. Coros de Levitas cantaban mientras se prendían las lámparas y “hombres piadosos y de buenas obras” bailaban en las calles portando antorchas y cantando himnos.

En este **día final de la Fiesta de los Tabernáculos**, Jesús está enseñando en el lugar donde se depositaban las ofrendas, situado en el atrio de las mujeres para que tanto **los hombres como las mujeres** pudieran llevar sus ofrendas.

El escenario para la confrontación del Señor con los líderes religiosos fue el lugar de las ofrendas del templo. La referencia no es a un edificio, sino a los trece receptáculos con forma de trompeta o cajas de las ofrendas, ubicadas en la sección del templo llamada patio de las mujeres (el segundo patio de adentro hacia afuera). Se llamaba así porque era la parte del templo más interna a la que podían acceder las mujeres normalmente. Cada caja de las ofrendas tenía una designación para saber cómo se usaría el dinero en ella (para los impuestos del templo y las ofrendas varias). Fue en este lugar en que Jesús observó después a una viuda pobre dando su ofrenda de un centavo (Mr. 12:41-44; Lc. 21:1-4). El patio de las mujeres era un lugar ideal para la enseñanza de Cristo porque era público y ocupado. El sanedrín se reunía en un salón cercano, casi a una distancia donde la voz del Señor era audible, pero nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora. Jesús siempre estuvo bajo el control soberano de su Padre y en su calendario divino, de modo que sus enemigos no podían hacerle daño antes del momento señalado

En este ambiente Jesús hace la siguiente declaración:

**2. “YO SOY” LA LUZ DEL MUNDO**

esta es el segunda de las siete declaraciones “Yo soy” en el Evangelio de Juan que revelan las diferentes facetas de la naturaleza de Cristo como Dios y su obra como Salvador (véase la explicación de 6:35 en el capítulo 20). Juan había usado ya la metáfora de la luz para describirlo (1:4, 8-9; cp. Ap. 21:23) y en el Antiguo Testamento había abundantes alusiones a ella (cp. Éx. 13:21-22; 14:19-20; Neh. 9:12, 19; Sal. 27:1; 36:9; 43:3; 44:3; 104:2; 119:105, 130; Pr. 6:23; Is. 60:19-20; Ez. 1:4, 13, 26-28; Mi. 7:8; Hab. 3:3-4; Zac. 14:5b-7). Cuando Jesús decía ser la luz del mundo, claramente afirmaba ser Dios (cp. Sal. 27:1; Is. 60:19; 1 Jn. 1:5) y el Mesías de Israel enviado por Dios como la “luz de las naciones” (Is. 42:6; cp. 49:6; Mal. 4:2). Solo Jesucristo trae la luz de la salvación al mundo maldito por el pecado. Él es la luz de la verdad para la oscuridad de la falsedad, es la luz de la sabiduría para la oscuridad de la ignorancia, es la luz de la santidad para la oscuridad del pecado, es la luz de la alegría para la oscuridad del lamento, y la luz de la vida para la oscuridad de la muerte. La analogía de la luz, como la anterior metáfora del agua viva (7:3739), era muy relevante en la fiesta de los tabernáculos. La ceremonia diaria de verter agua tenía su contrapartida nocturna en la ceremonia de alumbrar con lámparas. En el mismo patio de las mujeres en que Jesús hablaba, alumbraban cuatro grandes candelabros para iluminar el cielo nocturno como un reflector. Su luz era tan brillante que una fuente judía antigua declaró: “No había un patio en Jerusalén que no reflejara su luz”.

Pero a diferencia de los candelabros fijos y temporales, Jesús es una luz que nunca se apaga, una luz para ser seguida. Tal como Israel siguió la columna de fuego en el desierto (Éx. 40:36-38), así Jesús llamó a los hombres a seguirlo (Jn. 1:43; 10:4, 27; 12:26; 21:19, 22; Mt. 4:19; 8:22; 9:9; 10:38; 16:24; 19:21). El que sigue a Jesús, como Él lo prometió, no andará en las tinieblas del pecado, el mundo y Satanás, sino que tendrá la luz que produce vida espiritual (cp. 1:4; Sal. 27:1; 36:9; Is. 49:6; Hch. 13:47; 2 Co. 4:4-6; Ef. 5:14; 1 Jn. 1:7). Los creyentes iluminados por Jesús reflejan su luz en el mundo oscuro (Mt. 5:14; Ef. 5:8; Fil. 2:15; 1 Ts. 5:5)

La palabra griega **Akoloutheō** (sigue) se usa a veces en un sentido general para hablar de las multitudes que seguían a Jesús. Pero también puede referirse más específicamente a seguirlo como un discípulo verdadero. En ese contexto, tiene la connotación de sumisión completa a Jesús como Señor. Dios no acepta corazones a medias para seguir a Cristo: recibirlo como Sálvador pero no seguirlo como Señor. La persona que viene a Jesús lo hace en los términos de Él, o no lo hace.

Seguir a Cristo no es difícil, como lo ilustra caminar en la luz. Es mucho más fácil que dar tumbos en la oscuridad (cp. Jer. 13:16).

Como era de esperar, los fariseos reaccionaron de modo negativo a la afirmación de Jesús. En lo que probablemente era una referencia burlona a las palabras de Señor en 5:31—“Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero”—, le dijeron: “Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero”. De acuerdo con la ley del Antiguo Testamento, cada hecho de un asunto legal debía establecerse con el testimonio de dos o más testigos (Nm. 35:30; Dt. 17:6; 19:15; cp. Mt. 18:16; 2 Co. 13:1; 1 Ti. 5:19; He. 10:28). Como era típico, los fariseos rehusaron considerar la posibilidad de que la afirmación de Jesús pudiera ser cierta. En su lugar, lo despreciaron arbitrariamente con un tecnicismo legal. En realidad, había otros que podían testificar la veracidad de las afirmaciones de Jesús (p. ej., Juan el Bautista [1:7-8, 19-27, 34, 36; 3:26; 5:33], los doce [1:49; 6:69; Mt. 14:33; 16:16], la mujer samaritana [Jn. 4:39], Marta [11:27], quienes testificaron la resurrección de Lázaro [12:17], las obras de Jesús [5:36; 10:25], las Escrituras [5:39] y, sobre todos los demás, el Padre. Así que, no hay contradicción entre las palabras de Jesús aquí y en 5:31; no era el único testigo que podía verificar sus afirmaciones, como alegaban los fariseos.

La respuesta escéptica de los fariseos ilustra cuán obtusa es la incredulidad; nunca se convence no importa la cantidad de evidencia. Jesús hizo milagros sin parangón en la historia humana (15:24). Aun así, “a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él” (12:37; cp. Mt. 11:20-24). No obstante, Jesús prometió a quienes buscan sinceramente la verdad: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta” (Jn 7:17).

2.1 DISCURSO LUZ DEL MUNDO (8:14-52)

En respuesta al asunto de un único testimonio, respondió Jesús y les dijo: “Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero”. Obviamente, el testimonio de una persona puede ser cierto, aun si nadie más lo corrobora. La exigencia de dos o tres testigos pretendía establecer la verdad en una corte legal. Lo que Jesús dijo era la verdad en completa perfección, pues Dios es verdadero (Ro. 3:4; Tit. 1:2; He. 6:18). Aun así, dio tres evidencias que respaldaban la veracidad de su testimonio a sus enemigos, cada una relacionada con su deidad, lo que más los escandalizaba. Primero, Jesús respaldó su afirmación refiriéndose a su origen y destino divinos, dos cosas que ignoraban los fariseos. Por lo tanto, estaba calificado para testificar sobre Él, pero ellos no. Les dijo: “Porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a dónde voy”. El Señor siempre fue consciente de su origen y destino celestiales; en 16:28 dijo: “Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre” (cp. 3:11-13; 5:36-37; 6:38;7:28-29, 33; 8:42; 10:36; 13:3; 14:28; 16:5; 17:5, 8, 13, 18).

**Su conocimiento y omnisciencia divinos** (cp. 2:25; 16:30; 21:17) confirmaban completamente su testimonio. Por otro lado, sus oponentes no tenían ese conocimiento; no sabían de dónde venía ni a dónde iba. Al igual que la multitud (7:27) creían que sabían, pero estaban terriblemente equivocados. De hecho, si no sabían dónde había nacido aquí en la tierra (7:41-42, 52), ni hablar del origen celestial. Jesús expuso la ignorancia de ellos cuando les declaró: “Vosotros juzgáis según la carne”, de acuerdo con las normas terrenales; como hombres pecadores en un mundo caído. No solo no entendían nada de su origen celestial, tampoco era correcto lo que creían saber de Él. Así, su juicio era limitado, superficial y errado. Orgullosos, arrogantes y con pretensiones de superioridad moral, no atendieron la admonición anterior del Señor: “No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio” (7:24). “No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Jn. 3:17; cp. 12:47; Lc. 9:56). Sin embargo, Jesús juzgará en el futuro, “porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo” (5:22; cp. v. 27; 9:39; Mt. 16:27; 25:31-46; Hch. 10:42; 17:31; Ro. 2:16; 2 Ti. 4:1).

 El otro respaldo a la credibilidad del testimonio de Jesús tiene base en su **naturaleza divina**, de la cual es partícipe con el Padre. El Señor prosiguió diciendo: “Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre”. Afirmaba igualdad esencial con el Padre al insistir que era uno con Él. En 5:17 hizo una aseveración similar: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”. Airados, “los judíos aún más procuraban matarle, porque no solo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (v. 18). El testimonio de Jesús era verdadero porque Él tenía la misma naturaleza del Dios vivo y verdadero (10:30). La vindicación final de su testimonio propio fue una refutación al falso alegato de los fariseos según el cual Él era su único testigo (v. 13). En la ley a la cual apelaban y se aferraban ellos estaba escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero (Dt. 17:6; 19:15). Reforzando la afirmación que más airaba a sus enemigos, el Señor aportó dos testigos con su declaración: “Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí”.

 Como era predecible, ni siquiera eso satisfizo a los fariseos. Pensando en términos humanos, ellos le dijeron: “¿Dónde está tu Padre?”. ¿Le pedían ver a José, quien probablemente había muerto para este momento, para probar que Jesús tenía un padre terrenal? La respuesta de Jesús fue simple y devastadora: “Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais”. El solo hecho de pensar como lo hacían probaba que no conocían al Padre. En Mateo 11:27 Jesús dijo: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”. Quienes rechazan al Hijo dan prueba incontrovertible de no conocer al Padre eterno (cp. 1:18; 14:6-9). **Aunque los fariseos se enorgullecían de conocerlo, en realidad eran ignorantes de la realidad espiritual, estaban ciegos por la dureza de sus corazones** (Mt. 15:14; 23:16, 24).

En 7:33-34 Jesús le había advertido a la multitud: “Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió. Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir”. Aquí volvió a decirles que se iba (una referencia a su muerte, resurrección y ascensión inminentes). Pero esta vez añadió la advertencia que quien lo rechazara, moriría en su pecado y no estaría con Él en la presencia del Padre y la gloria del cielo. Más adelante repetiría esta advertencia en términos aún más fuertes (v. 24). La realidad de esta verdad aleccionadora, repetida por todas las Escrituras, es que quienes rechazan a Cristo sufrirán las consecuencias de su pecado: la separación eterna de Dios. Se condenaban a la oscuridad eterna del infierno por rechazar la luz del mundo (Mt. 8:12; 22:13; 25:30).

La vida en el mundo caído está llena de oportunidades perdidas y pesares personales; son las consecuencias dolorosas, y a veces devastadoras, de decisiones malas y pecaminosas. La oportunidad perdida original, aquella de la cual fluyen las demás, ocurrió en el huerto del Edén:

* Cuando Adán (y Eva) probó la fruta que Dios le había prohibido, violó directamente el mandato de Dios. Su pecado le costó (y a toda la raza humana) perder el privilegio de continuar en comunión ininterrumpida con Dios (Gn 3:6-8). “Entonces Dios el SEÑOR expulsó al ser humano del jardín del Edén, para que trabajara la tierra de la cual había sido hecho. Luego de expulsarlo, puso al oriente del jardín del Edén a los querubines, y una espada ardiente que se movía por todos lados, para custodiar el camino que lleva al árbol de la vida” (vv. 23-24, NVI). Moisés y Aarón también experimentaron las consecuencias dolorosas de su decisión pecaminosa. Su desobediencia en Meriba les costó la oportunidad de entrar en la tierra prometida.
* Salomón también enfrentó las consecuencias de las malas decisiones. Aunque fue el rey más rico y sabio de Israel, desperdició la oportunidad de disfrutar a plenitud las bendiciones que Dios le había concedido. “En efecto, cuando Salomón llegó a viejo, sus mujeres le pervirtieron el corazón de modo que él siguió a otros dioses, y no siempre fue fiel al SEÑOR su Dios como lo había sido su padre David” (1 R. 11:4, NVI). La consecuencia para Salomón fue que la vida se volvió vana y nada más (Ec. 1:2).
* Judas Iscariote tuvo la oportunidad invaluable de ser uno de los doce más cercanos al Señor Jesucristo durante su ministerio terrenal. Pero desperdició tal privilegio por “treinta piezas de plata” (Mt. 26:15) y traicionó a Jesús (26:47-50). Judas condenó su alma para siempre porque nunca se arrepintió de su traición horrible (Hch. 1:25; cp. Mt. 26:24). Judas es el ejemplo más notorio de quien vio las obras del Señor, oyó sus palabras, observó su vida sin pecado, pero aun así lo rechazó.
* Pero, por supuesto, no fue el único. Cuando el diálogo de este pasaje ocurrió, Israel era bien consciente del ministerio de Jesús. Durante los tres años anteriores había realizado milagros incontables. Había casi erradicado las enfermedades de Israel, alimentado milagrosamente a miles de personas, expulsado demonios con autoridad y calmado una tempestad furiosa en el lago de Galilea (y después incluso caminó sobre ese mar). Esos milagros maravillosos y sin precedentes (15:24; cp. 9:32; Mt. 9:33; Mr. 2:12) demostraban claramente que Jesús era el Hijo de Dios (Jn. 10:25; cp. v. 38; 3:2; 5:36; 7:31; 14:11; Hch. 2:22), como también lo hacían sus declaraciones asombrosas (Jn. 4:25-26; 5:18) y su enseñanza profunda (cp. Mt. 7:28-29; 13:54; Lc. 4:32; 19:48; Jn. 7:46). A la luz de la evidencia abrumadora, la incredulidad en Jesús no tiene excusa. Quienes oyen el evangelio y lo rechazan recibirán el castigo eterno; sin nadie a quien culpar excepto a ellos mismos. (Debe notarse que incluso quienes no han oído el evangelio son culpables de rechazar la verdad que se les ha dado. Tal verdad incluye aspectos de la existencia y el carácter de Dios, como se revela en el orden de la creación [Ro. 1:1821] y la consciencia [Ro. 2:14-15]).

 Por tanto, quienes rechazan a Jesucristo son completamente responsables de escoger morir en sus pecados (Jn. 3:19). Este pasaje revela cuatro formas en que las personas pueden asegurarse una muerte tan trágica y eterna: por buscar la propia justicia, ser mundanos, incrédulos o ignorantes voluntariamente.

Cristo, **la Luz del mundo**, disipa las tinieblas de nuestro alejamiento de Dios y nos lleva al conocimiento de Él. La incredulidad nos mantiene presos, de tal manera que nos convertimos en unos ignorantes de la misericordia de Dios, ni tenemos la certeza de que somos sus hijos destinados para la vida eterna. A través de Jesús, Dios está para los creyentes más cerca que nunca. Sin la revelación en Jesús no podemos conocer a Dios. En el último juicio, la fe o la incredulidad será el criterio según el cual Jesús juzgará.

Sólo Cristo nos libera de la esclavitud del pecado. Sin fe puesta en Él hemos de morir en nuestros pecados, ya que pasamos por alto al único Redentor. Jesús en Juan 16, nos enseña que el pecado más grave es la carencia de fe depositada en Él. Los judíos se enorgullecieron de ser descendientes de Abraham, sin preocuparse de cultivar una verdadera relación con Dios la cual se logra únicamente por medio de Jesús; sólo esto los hacía hijos de la promesa. De la misma manera los creyentes podemos ser engañados cuando afirmamos nuestra relación filial con Dios (ser hijos de Dios) en base a los años de servicios o presencia que llevamos en la iglesia. Así que nada puede sustituir la fe genuina en Jesucristo. Sólo por medio de Él podemos ser llamados hijos de Dios.

"No existe otro Dios que Jesucristo". Esta afirmación de Martín Lutero quiere decir que no podemos conocer a Dios sin reconocer y depositar nuestra fe en Jesucristo. En este mundo hay un sinnúmero de personas que pretenden tener una relación con Dios, depositan su esperanza en Él, acuden en circunstancias difíciles a Él, pero no muestran una necesidad verdadera de Cristo, necesidad que nos revela que necesitamos el perdón de Dios a causa de nuestros pecados. Es lamentable, pero es cierto: no todos creemos en el mismo Dios, como la mayoría de la gente piensa. El hombre Jesús es el Hijo del Padre, enviado para adquirir vida eterna para los suyos a través de su muerte vicaria.

**Señal 6:**

Curación del Hombre Ciego de Nacimiento **(Juan 9:1-41**)

ENFERMEDADES Y SANIDADES

La enfermedad es un efecto universal de la caída, cuyo resultado, a raíz del pecado, es muerte y decaimiento de la existencia en un mundo imperfecto. Aflige a todos los seres humanos y nos recuerda a todos de tanto en tanto que “somos polvo” (Sal. 103:14) “y al polvo [volveremos]” (Gn. 3:19) un día. No importa cuán cuidadosas o conscientes de su salud intenten ser las personas, la enfermedad a la larga es inevitable.

Dios no tiene ninguna limitación en su capacidad para sanar. Como con todas las cosas en la vida, Él es soberano sobre la enfermedad y la sanidad (cp. Dt. 32:39). Tiene poder para hacer lo que quiera (Sal. 115:3) y, en ciertos momentos históricos, ha decidido sanar de maneras sobrenaturales.

En el Antiguo Testamento hay constancia de ejemplos de sanidades milagrosas divinas, aunque son raros y están confinados a tiempos limitados. Dios sanó a Naamán el leproso (2 R. 5:1-14); a Ezequías en una enfermedad terminal (2 R. 20:1-11); a los israelitas de las mordeduras venenosas de las serpientes (Nm. 21:6-9); a Sara, Lea y Raquel de infertilidad (Gn. 21:1-2; 29:31; 30:22) y a Job de una enfermedad debilitadora (Job 42:10). Además se habla de tres muertos resucitados: la viuda de Sarepta (1 R. 17:17-24), el hijo de la mujer sunamita (2 R. 4:1837) y un hombre cuyo cuerpo había sido lanzado a la tumba de Eliseo (2 R. 13:21).

En el Nuevo Testamento, el libro de Hechos también registra ejemplos de sanidades divinas. Dios sanó por medio de los apóstoles, y para autenticarlos como mensajeros de la verdad divina (cp. 2 Co. 12:12), a paralíticos en Jerusalén (Hch. 3:6) y Listra (14:8-10), a los enfermos sobre quienes pasaba la sombra de Pedro (5:15-16), a muchos paralíticos en Samaria (8:7), a quienes tocaron los paños o delantales de Pablo (19:11-12) y al padre de Publio en la isla de Malta (28:8-9). Además, Dorcas (9:36-43) y Eutico (20:9-12) resucitaron. Más allá del ministerio apostólico en el registro de Hechos, los milagros están ausentes de las Escrituras hasta el regreso del Señor profetizado en Apocalipsis.

La más grande manifestación de sanidades milagrosas en la historia se dio durante el ministerio terrenal del Señor Jesucristo. No ha ocurrido nunca nada ni remotamente parecido al despliegue milagroso que se dio por medio de Él y así debía ser. Se ha dicho que Él casi acabó con las enfermedades en Palestina durante aquella época, en una explosión de sanidades milagrosas (cp. Mt. 4:23-25; 8:16; 9:35; 12:15; 14:35-36; 15:30; Lc. 6:17-19; 7:21; 9:11; Jn. 21:25) a favor de varias razones y propósitos vitales:

* llevar a cabo su ministerio profético (Mt. 8:17),
* autenticar su ministerio mesiánico (11:2-5; cp. Jn. 20:30-31; Hch. 2:22),
* dar la gloria a Dios (Jn. 9:3; 11:4) y, lo más importante:
* demostrar su deidad (Mr. 2:7, 10).

Hay al menos seis características principales del ministerio de sanidades de Jesús:

* Primera, Jesús sanaba solo con una palabra o un toque (Mt. 8:5-13, 15; 9:6, 20-22; 14:35-36; 20:34; Mr. 5:24-29; Lc. 13:10-13; Jn. 5:1-9).
* Segunda, Jesús sanaba instantáneamente (Mt. 8:3, 13, 15; 9:6-7, 2830; 15:28, 30-31; 17:18; 20:34; Mr. 3:1-5; 5:29; 7:33-35; Lc. 13:10-13; 17:14; Jn. 4:53; 5:9); a diferencia de algunos sanadores de fe modernos, ninguna de sus sanidades era progresiva o gradual. Así, no hay duda de que eran milagros genuinos, no recuperaciones naturales con el tiempo.
* Tercera, Jesús sanaba completamente. Por ejemplo, después de sanar a la suegra de Pedro, “levantándose ella al instante, les servía” (Lc. 4:39). Cuando Jesús sanó a cierto paralítico, el hombre también “se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos” (Mr. 2:12; cp. Jn. 5:9). Como resultado inmediato de las sanidades de Jesús, el ciego vio, el cojo caminó, los leprosos se limpiaron y los sordos oyeron; todos se restauraron físicamente por completo (3:2; 7:31; 9:16; 11:47; Hch. 2:22).
* Cuarta, Jesús sanó a todos los que acudieron a Él. A diferencia de los sanadores de fe contemporáneos, no desilusionó a los enfermos a su paso. Lucas 4:40 dice: “Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los traían a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba” (cp. 9:11).
* Quinta, Jesús sanó las enfermedades físicas y orgánicas; no males invisibles como dolor de espalda, pálpitos del corazón y dolores de cabeza. Restauró y remplazó las piernas de los lisiados (Mt. 11:5), las manos secas (12:10-13), las columnas encorvadas (Lc. 13:10-13), los ojos ciegos (Mt. 9:28-30) y los oídos sordos (Mr. 7:32-37). No había enfermedades más allá de su poder, luego sanó “toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mt. 4:23). Por último, a diferencia de los embaucadores modernos,
* Jesús resucitaba muertos (Mr. 5:22-24, 35-43; Lc. 7:11-16; Jn. 11:43-44; cp. Mt. 11:5). En este pasaje, la sanidad del ciego no puede explicarse como otra cosa diferente a su poder milagroso y divino. (La Biblia dice que la autoridad del Padre le concedió a Jesús el poder [Mt. 12:28; Lc. 5:17; 11:20; Jn. 5:19; Hch. 2:22; 10:38], entregado por el Espíritu Santo [Lc. 4:14; Mt. 12:22-32], porque en su encarnación Él entregó voluntariamente el ejercicio independiente de sus atributos divinos). No podía ser una recuperación natural de la visión porque el hombre era ciego de nacimiento (9:1) y vio inmediatamente (v. 7). No podría ser el resultado de un tratamiento médico porque la cura de la ceguera estaba mucho más allá del conocimiento médico limitado de la época.

EL PROBLEMA

La ceguera era algo muy frecuente en el mundo antiguo (cp. Lv. 19:14; 21:18; Dt. 27:18; 28:29; 2 S. 5:6, 8; Job 29:15) y los ciegos a quienes nadie cuidaba quedaban reducidos a la mendicidad (cp. Mr. 10:46). Como predijo Isaías 42:7 que haría el Mesías, Jesús les dio vista a los ciegos en repetidas ocasiones (Mt. 9:27-28; 11:5; 12:22; 15:30-31; 20:30-34; 21:14; Mr. 8:22-25; Lc. 4:18). El texto no dice cómo supieron los discípulos que este hombre había nacido ciego (v. 2). Se supone que era alguien muy conocido y su historia era de conocimiento público. O tal vez se la había explicado el ciego. En cualquier caso, esta es la única vez en que los Evangelios registran la sanidad de alguien con una enfermedad congénita.

EL PROPÓSITO

La condición del ciego creó un dilema teológico en la mente de los discípulos. Plantearon una pregunta que suponía la doctrina popular judía según la cual el sufrimiento físico de una persona es resultado directo del pecado personal: “Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?”. Por lo tanto, veían dos explicaciones posibles para esta condición: la ceguera había sido provocada por los pecados de este hombre o los de sus padres. Pero este hombre, siendo ciego de nacimiento, no podría ser responsable a menos que hubiera pecado antes de nacer. Tal vez los discípulos consideraban esa posibilidad, pues en el judaísmo de la época era amplia la creencia de que los niños podían pecar desde el vientre. Además, algunos judíos helenos, influenciados por la filosofía griega, argumentaban la preexistencia del alma (por supuesto, la Biblia rechaza estas perspectivas). Por otro lado, si los padres eran los responsables, es muy poco justo que su hijo recibiera el castigo por su pecado.

Ciertamente, es verdad que el sufrimiento en general es a la larga resultado del pecado. También es cierto que una enfermedad específica puede ser consecuencia directa de un pecado específico. Por ejemplo, María se enfermó de lepra por rebelarse contra la autoridad de Moisés (Nm. 12:10). Jesús antes le había advertido al que sanó en el pozo de Betesda: “Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor” (Jn. 5:14). El apóstol Pablo también dijo a los corintios que estaban participando indignamente de la Sana Cena: “Por [esto] hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen” (1 Co. 11:30). Trágicamente, también hay ocasiones en que los hijos se ven forzados a sufrir las consecuencias naturales de los pecados de los padres. Por ejemplo, los ojos de los bebés de madres con gonorrea se pueden infectar cuando están naciendo.

Los discípulos también podrían estar pensando en ciertos pasajes del Antiguo Testamento en que Dios parece prometer castigo sobre los hijos de los padres pecadores. En Éxodo 20:5 Dios le dijo a Israel: “Visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen”. Éxodo 34:7 repite la advertencia: Dios “de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (cp. Nm. 14:18; Dt. 5:9).

Sin embargo, tales pasajes deben entenderse en un contexto nacional o de su sociedad. El asunto es que el efecto corruptor de una generación impía se filtra en las generaciones siguientes. Esta realidad es obvia y axiomática. La idea de que un niño reciba el castigo por los pecados de sus padres es un concepto ajeno a las Escrituras. Deuteronomio 24:16 ordena: “Los padres no morirán por los hijos, ni los hijos por los padres; cada uno morirá por su pecado” (cp. 2 Cr. 25:4). Dios declaró a través de Jeremías: “En aquellos días no dirán más: Los padres comieron las uvas agrias y los dientes de los hijos tienen la dentera, sino que cada cual morirá por su propia maldad; los dientes de todo hombre que comiere las uvas agrias tendrán la dentera” (Jer. 31:29-30). Ezequiel 18:20 añade: “El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él”. Sin embargo, las generaciones siguientes (“la tercera y la cuarta” [Éx. 34:7]) de hijos han sufrido las consecuencias de la desobediencia en generaciones previas. Por ejemplo, los hijos hebreos del éxodo, sufrieron cuarenta años en el desierto por los pecados de sus padres.

Siglos después, cuando los reinos del sur y del norte estuvieron cautivos, las generaciones de hijos sufrieron los pecados de sus ancestros. La respuesta de Jesús expuso el error del razonamiento de los discípulos: “No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él”. No siempre hay un enlace directo entre el sufrimiento y el pecado personal. Cuando los supuestos consejeros de Job apoyaron la argumentación que dieron al sufrimiento de este en tal suposición errada, le causaron una aflicción innecesaria (cp. Job 13:1-13; 16:1-4) y al final recibieron una reprensión divina (42:7).

En otra ocasión, Jesús enseñó que ni los galileos que Pilato había matado en el templo ni quienes murieron cuando la torre de Siloé les cayó encima (Lc. 13:1-5) habían sufrido así por ser pecadores muy malvados; como sus oyentes suponían. En su lugar, el Señor usó esos dos incidentes para advertir que todos los pecadores, incluyéndolos a ellos, enfrentan la muerte, y cuando esta venga, ellos perecerán, a menos que se arrepientan y confíen en Él**. La verdad era que, como Job (Job 1—2), el ciego sufrió aflicción para que las obras de Dios se manifiesten en él.**

Jesús prepara lodo con tierra y saliva para cubrir los ojos del hombre, no porque necesitara de este lodo para sanarle, **sino para probarle su fe** (como el caso de Naamán en 2 Reyes 5); luego le manda a lavarse en el estanque de Siloé. Nótese el hecho de que, obedeciendo a Jesús, la fe del ciego da como fruto el don de la vista.

Dios escogió en su soberanía usar la aflicción de este hombre para su gloria.

Aquel que es la luz espiritual del mundo también proporcionaría luz física a este hombre que había vivido siempre en la oscuridad. Entonces la sanidad es una parábola de vida que ilustraba el ministerio de Jesús: la luz que brilla en un mundo oscurecido espiritualmente (cp. 1:5).

El deseo de Jesús no era sólo sanarlo físicamente, sino también darle vida eterna y salvación. Así que Él le pregunta si cree en el Hijo de Dios. Este hombre ignoraba por completo el hecho que Jesús era el Hijo de Dios, pero él tenía un corazón deseoso y hambriento. Hay muchos como este hombre, que ignoran la verdad, pero que cuando ésta les es predicada, como le sucedió a este hombre, la reciben gozosamente.

Cuando él recibió la revelación que Aquel que lo había sanado era el Hijo de Dios, él adoró al Señor y dijo: “Creo.

Aquí, el Señor pone ante nosotros un patrón a seguir. No solamente debemos orar para que las personas reciban sanidad física, sino que luego debemos procurar guiarlos a la verdad más importante: la salvación. Es mucho más importante que una persona llegue al cielo, a que sea sanada.